

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD: ASPECTOS DE UNA LUCHA

José Joaquín Blanco/Facultad de Filosofía y Letras

1. *¡Juventud, divino tesoro! o La voz de la experiencia*

El desdén es de suyo arma muy peligrosa y terrible, y más eficaz aún cuando viene de añadidura y como astuta prolongación del garrote y de la ametralladora. Independientemente de la circunstancia socioeconómica que ha producido la rebelión estudiantil en México y que señalo abajo, lo propio de la juventud es su fuerza subversiva. En la juventud y en la vejez la civilización se delata y no puede ocultar sus mecanismos deshumanizadores que, en cambio, cubre para el adulto con una ridícula máscara de impostura. En la juventud el hombre descubre la riqueza del mundo y sobre todo el poder de sus propias posibilidades; en la vejez constata que la civilización contemporánea le ha robado su tiempo. Al joven se le calla con la madurez, al viejo es la muerte quien se encarga de silenciarlo. Tanto el que prolonga exageradamente la vida de su juventud como el viejo excesivamente longevo son seres exóticos e improductivos, amén de poco recomendables. El viejo choschea y el joven es inexperto: a ambas edades, sin embargo, se consagra con adjetivos grandilocuentes y nobilísimos: el primer amor y la cabecita blanca, la juventud dorada y la nivea vejez de plata deslumbrante por su serena austeridad. También la infancia es cosa subversiva, pero basta con tomarla como cosa de niños que es y sonreír con benevolencia ante los descubrimientos de Freud y de sus seguidores. De hecho, ni niñez, ni juventud, ni vejez existen como tales: son caminos que llevan a la madurez o que vuelven de ella, simples carreteras sin más atractivo que los episodios idílicos de su paisaje, y, por razones justificables de fluidez de tráfico, tienen marcada inflexiblemente su correspondiente velocidad y su ritmo. Contrariamente a lo que dice cierto lema comercial, el niño sí es un adulto chiquito, el joven casi lo es y el viejo es un monumento ruinoso de la familia que se dedica a exhibir sus recuerdos durante la sobremesa, alejado prudentemente de actividades directas en la sociedad por una pensión, un asilo de beneficencia o por la bondad de sus descendientes. Del adolescente apenas si vale la pena hablar porque solamente vive una efímera edad de la punzada. Lo propio del hombre mayúsculo y egregio, completo, es ser productivo, tener familia, casa, coche, televisión y perro; tomarlo todo con calma y ser impermeable a cualesquiera conmoción y asombro. Aún más, en su lucha contra cualquier relajo, vacilación, vacilón o relajamiento, la civilización contemporánea se ha adelantado

al hombre mismo y le ha comido el mandado: la niñez, la juventud, la edad adulta o madurez y la senectud están establecidas antes que el hombre tenga oportunidad de inventarlas: el niño es mofletudo, simpático, angelical y preguntón; el joven es guapo, mesuradamente inquieto, enamorado y deportista; el adulto tiene carro, esposa, corbata y amante; al viejito le gustan los tiempos antiguos y los caramelos. Cuando cada hombre nace, su vida aparece trazada y hecha de antemano, como si alguien se le anticipara no dejándole otra opción que la de obedecer las convenciones estructurales de la civilización y dejarse vivir como repitiendo recuerdos ajenos. Y así sucede por un buen rato hasta que algo hace que la paciencia de las generaciones sea incapaz de soportar un disco tan rayado y empiecen a tomarse en serio. Ahora bien, el siglo veinte se caracteriza entre otras muchas cosas porque la juventud cree cada vez más en sí misma. Parecería que tal revuelta, rebelión o revoltijo se empeñara en vengarse contra la madurez, quitarle a ésta su antropofágico monopolio del tiempo y erigirse en nueva implacable hegemonía. No es para tanto, una cosa es Juan Domínguez y otra cosa es lo demás: sólo se quiere devolverle su tiempo a cada edad, y en este caso el joven miraría con respeto al futuro pero guardando por lo pronto convenientes distancias. Pero aún así la civilización no puede soportar tal desorden y atrevimiento: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar, dice sentenciosa en su catecismo; sólo que los lugares son los que ella dispone y las cosas corresponden exactamente a como ella misma quiere mirarlas. Y así las cosas en su lugares y los lugares con sus cosas, todos en paz y la vida funcionaría como un admirable archivo burocrático. Sólo que la burocracia no es muy eficiente que digamos y de hecho su ordenado desorden de estructura se viene abajo. Como ya no funcionan correctamente sus mecanismos, como ya no puede responder ni siquiera en forma de seductores paliativos a las necesidades de los hombres y de las cosas que pretende seguir manipulando, surge la conciencia de que algo anda podrido no sólo en Dinamarca y los tiempos subordinados en forma de antecedentes o de epílogo se rebelan y se revuelven: Freud destruye la infantil imagen del niño y también la del punzante adolescente, Simone de Beauvoir delata la pudrición de la vida desde la perspectiva de sus estragos en la vejez, los jóvenes se descubren a sí mismos y al querer los adultos acentuar su dignidad, nobleza y heroísmo francamente van a dar al ridículo con todo y chivas.

Al niño, pues, se le prepara desde su nacimiento para que sea un buen adulto y un ciudadano; es más, aprovechando todos los recursos de la comunicación masiva, se le empieza a enseñar desde antes de que aprenda a decir que quiero ropa, cómo debe ser, sobre todo cuando pase por la juventud: cuando implacables y encrespados abismos habitados por monstruos increíbles amenacen con devorarlo: así, cuando llegue a esta edad el niño será el joven que sus abnegados padres han soñado: usará ropas juveniles e imitará a los juveniles galanes que con sus juveniles encantos provocan envidia desde las pantallas de televisión. Los jóvenes que desfilaron convulsionando el ya mencionado archivo durante las manifestaciones de agosto y septiembre de 1968, habían sido adiestrados con instrucción programada para usar suéteres César Costa, monas melenitas Beatles-primera-época, pantaloncitos y zapatos propios de su edad, y para que estuvieran conscientes de su divino tesoro y de cómo —compadre mío— se pasa el tiempo. Moraleja: imita a la hormiguita y no a la cigarra: distribuye tu tiempo en ciclos de vida y sueño, y al primero en periodos de estudio y diversión; ésta última como necesidad para una mayor productividad del quehacer de estudiante y de ningún modo como fin o tiempo completo. A la explosión de los estudiantes sucedió el mucho mayor escándalo de los adultos, que vieron inminente el fin del mundo ante tal depravación, que imaginaban saqueando sus propios instintos y deseos frustrados o satisfechos a medias. Pero todo esto es más bien anecdótico: lo que cimbro a la sociedad fue el exaltado valor de una juventud; exaltación desesperada que no podía surgir sino de una inseguridad más angustiosa todavía. En efecto, no se trataba ya de los estudiantes atendidos a mamá sociedad-que les daría con su carta de pasante un buen empleo, ni eran los muchachos que veían que en la clase media, dentro de su pobreza, nada faltaba gracias a Dios. No se desfilaba ya por las calles principales de la capital de un país que seguía creyendo en la farsa de su progreso y de su independencia. Y la Revolución Mexicana no podía ya ser santo de su devoción.

Vinieron los garrotes, la bazuca, las ametralladoras y el desprecio. Y el olvido. “Aquí no suceden cosas/ de mayor trascendencia que las rosas”: se recordó a Pellicer porque, en efecto, había centenares de muertos y heridos y muchos miles de amedrentados, y en los jardines públicos las rosas seguían floreciendo. Y haciendo gala de sus aficiones populares

y de su linaje hispánico, las autoridades recordaron aquella vieja canción que dice que tomar la vida en serio es una tontería. La juventud es divina y no callejera, es tesoro y no desórdenes ni majaderías. Volvió a suceder el 10 de junio de 1971 y seguirá sucediendo. Este es el ejemplo, señoras y señores, del joven que no tomó consejo, que no escuchó la voz de la experiencia, que se creyó muy hombrecito y desafió a sus mayores: por eso murió, por eso no llegó a viejo.

A la muerte y al terror siguió el desdén, comparsa del olvido. La juventud es sólo un peregrino trecho de la carretera. No tiene importancia ni realidad: es divina. Las acciones verdaderas, las insignes, las que hacen patria, se realizan cuando se tiene casa, familia, coche, amante, corbata, televisión y perro. Para entonces se podrá tener experiencia (la letra con sangre entra; se aprende echando a perder; el camino a la virtud es el escarmiento), y si se tiene la suerte de disfrutar de una chambita habrá que cuidarla como a la niña de los ojos. Mientras tanto, a falta de juventud habrá adjetivos modernistas que la consagren y la edifiquen, recuerdos filtrados por el cedazo de la madurez que impongan sus características. Y los sueños de una lucha de la juventud están condenados (se dice) al destino de ese divino tesoro que ya se va para no volver.

Sin embargo, la toma de conciencia y explosión juveniles no son la única ni con mucho la más grave e importante falla que se ha descubierto en ese conocido archivo en el que existe un lugar para cada cosa y en el que cada cosa está confinada en su lugar; más bien responde a un problemón que pone un jaque al sistema y la resolución de este jaque ayudará a retardar los otros que ya apuntan: la rebeldía de la clase media, eventualmente vinculada en apariencia a la cada vez más explosiva situación de campesinos y obreros, a las obvias limitaciones que el neocolonialismo impone al desarrollo nacional. Y solamente vinculada en apariencia y por el momento con otras luchas, y no identificada con ellas: los intereses de la clase media (suficiente capacidad de empleo, mayor aptitud de consumo, participación verdadera en la vida política establecida, servicios eficaces, etcétera), aunque por el momento pudieran esgrimir como bandera principios revolucionarios, no son los mismos que los de obreros y campesinos. En todo caso, la clase media (la enorme mayoría del estudiantado, por consiguiente) se ve más inclinada a aceptar con sus defectos —el amor es ciego— el actual sistema de cosas, que destruirlo para edificar una verdadera estructura revolucionaria en la que necesariamente habría que sacrificar toda la pirotécnica exhibición de nuestra abundancia subdesarrollada que goza o sueña o quiere gozar la clase media, y establecer un régimen socialista de trabajo y de austeridad en beneficio de los obreros y de los campesinos. En caso de que esta revolución se realizara, la clase media que por lo pronto se viste de revolucionaria sería el principal peligro interno y, derrotada, dedicaría todos sus sueños y esfuerzos para conseguir trasladarse a Los Angeles y a Miami. Si no hubiera televisores la patria se salvaría. Se salvará de todos modos; por lo pronto la patria —suave y muelle como almohada— es un soberbio polvorín.

2. Funciones de la universidad

Al emprender la siempre ambigua y peligrosa aventura de las definiciones, del deslinde de funciones y objetivos para llegar a una meta circunscrita en los fantásticos mundos del debería ser así, muchos autores prominentes suelen ilustrar a los lectores con un largo y erudito recorrido por la historia de universidades y similares, remontándose no pocas veces al Paleolítico Inferior en cuyas hachas de mano y piedras labradas por una sola cara encuentran verosímiles vestigios de una *paideia* que gustan de llamar universitaria; de este modo nutren sus páginas de buenos ejemplos, utopías y prosa edificante. Por razones de concisión y de economía verbal juzgo conveniente ser más modesto y pecar acaso de objetivista y no caer en infladas esperanzas e ilusiones a las que, por otra parte, ya estamos tan habituados que inconscientemente las descartamos de inmediato; por las mismas razones evito referencias que no sean estrictamente necesarias de la historia de las universidades en América Latina y concretamente de México, y para evitar malentendidos llamo universidad, a secas, a la UNAM ahora y aquí, en esta paradisiaca capital de una fantástica federación, y nunca me refiero a esa institución ideal: universidad de pensamientos, frecuentemente exquisita, hija de Apolo y de Atenea (fruto incestuoso, por cierto, destinado a morir de soledad mordiéndose la cola cuando le salga su rabito de cerdo en forma de garabato); esta última concepción ha sido celebrada en muchos tiempos y en muchos países, en prosa y en verso, con simpáticos panegíricos y elogios que no me interesa aquí atacar ni repetir.

Si analizamos la historia de Hispanoamérica y de los sistemas que se han desarrollado en las diversas etapas de su subdesarrollo, los cuales han establecido una superestructura ideológica a la que obviamente pertenecen las universidades, podremos entender mejor la situación actual de la universidad y sus relaciones con la sociedad de la que forma parte, y ahora, quiéralo o no, combativa. Conviene recordar las tesis principales con que André Gunder Frank explica la historia del subdesarrollo en los países hispanoamericanos:

1. La conquista colocó a toda Latinoamérica en una posición de creciente subordinación y de *dependencia económica* colonial y neocolonial con respecto al sistema mundial único del capitalismo comercial en expansión.
2. La relación colonial o neocolonial con respecto a la metrópoli capitalista ha formado y transformado *la estructura económica y de clases* e inclusive la cultura, en el seno de la sociedad latinoamericana, haciendo que esta estructura se transforme como consecuencia de los periódicos cambios en las formas de dependencia colonial.
3. La estructura colonial y de clases determina intereses muy directos de clase para el sector dominante de la burguesía que, a menudo valiéndose de los gabinetes gubernamentales y demás instrumentos del Estado, *general políticas del subdesarrollo* en lo económico, social, cultural y político para la "nación" y el pueblo latinoamericano [s], haciendo que cuando un cambio en las formas de dependencia modifica la estructura económica y de clases, se determinen a la vez cambios en la política de la burguesía dominante que terminarán fortaleciendo aún más los mismos lazos de dependencia económica que propiciaron estas políticas y que por lo tanto contribuyeron a agravar aún más el desarrollo del subdesarrollo en Latinoamérica.¹

Gunder Frank especifica:

La dependencia no debe considerarse (ni puede) como una relación meramente "externa" impuesta a todos los latinoamericanos desde fuera y contra su voluntad, sino que *la dependencia es igualmente una condición "interna" e integral* de la sociedad latinoamericana, que determina a la burguesía dominante en Latinoamérica, pero a la vez es consciente y gustosamente aceptada por ella.²

La urgencia de una expansión económica y la de facilitar el comercio con Oriente motivaron muchísimos viajes, principalmente marítimos, reales y fantásticos, en las nuevas naciones o cuasi-naciones europeas: una psicosis de aventura, generalizada, de la cual los descubrimientos de portugueses y españoles no son sino la última etapa, revela la inminencia del capitalismo. De hecho, por la misma necesidad de expansión, se decretó solemnemente la redondez de la tierra y se la consagró con un vistoso *Tedeum*. Antes de nacer para el mundo occidental, pues, América estaba destinada a convertirse en colonias del centro hegemónico en turno del capitalismo mundial. La superioridad de la organización económica (mientras en América continuaba el trueque con pequeños indicios de moneda como el cacao o los huesos de pato rellenos de oro en polvo, o las plumas de quetzal), del avance técnico (buques, rueda, armas de fuego), del avance político (Europa estaba unificada en una concepción apostólica y misionera de expandir el reinado de la Iglesia y de la civilización occidental más allá de las Columnas de Hércules, mientras que un proceso similar encabezado por los aztecas había empezado a operarse en América con el establecimiento de la visión místico-guerrera del universo de Tlacaélel (1427),³ que extendió el "imperio" azteca a ambos litorales desde Centroamérica hasta las regiones del norte del país; pero con los tributos de los pueblos comprendidos en esta región y con la propia riqueza fueron satisfechas las exigencias de los dominadores y de hecho a la llegada de los españoles instituciones tan vitales como la guerra florida y los sacrificios habían degenerado en simples símbolos), y sobre todo las apremiantes necesidades mercantiles de Europa que la hacían aventurera, temeraria y dispuesta a todo, mientras que la riqueza y la relativamente escasa población del continente americano impedía una desesperación tan extrema (las luchas entre indígenas prehispánicos parecen cosas de niños comparadas con Las Cruzadas, por ejemplo); todo esto, aunado a la enorme desventaja que ponía a los indígenas su pensamiento casi mítico al enfrentarse al renacentista o casi renacentista de los conquistadores, hizo de la invasión española una exitosa campaña del PRI: de todas las batallas las ganaron todas, salvo alguna triste e intrascendente excepción que no sirvió sino para confirmar la regla. Antes de descubrirse, pues, América ya estaba inventada;⁴ también estaba destinada (¡oh hados fatídicos!) a sucumbir, perder toda personalidad y convertirse en colonias.

Con la conquista se derrumba el sistema económico prehispánico y se implanta el del subdesarrollo, se instala una clase de colonos que explotan tierra, minas e indígenas para España (puente por donde pasaba la riqueza de las colonias rumbo a otros países europeos o incluso al que gran parte de ella no llegaba gracias a la eficacia de piratas ingleses y holandeses); de este modo se instauró una "economía de exportación ultraexplotadora y dependiente con respecto a la metrópoli, que restringe el mercado interno y que para la lumpenburguesía productora y exportadora de productos primarios crea intereses económicamente tendientes a generar una política del lumpendesarrollo respecto a la economía como un todo".⁵ Esa clase de peninsulares y criollos, que con el tiempo se habría de dividir en dos grupos antagónicos que terminaron uniéndose al consumarse la Independencia, edifican una superestructura dependiente que importa la cultura europea como las telas de Holanda a los encajes de Francia y los consume sin más: tragona. Desde luego destruyeron todo agonizante vestigio de civilización y cultura indígenas que encontraron, logrando de esta manera desidentificar a los indígenas y colonizar sus almas de acuerdo a los mecanismos estudiados por Frantz Fanon.⁶ El hecho de que las universidades fundadas en Hispanoamérica no tuvieran una función crítica durante la Colonia ni aportaran nada a la cultura de su tiempo, a pesar de no ir muy rezagadas de las mejores de Europa (piénsese, por ejemplo, en los conocimientos que poseían Sor Juana Inés de la Cruz y Don Carlos de Sigüenza y Góngora), se explica por haber sido fundamentalmente instituciones suntuarias, sin arraigo en la realidad hispanoamericana y por estar completamente subordinadas a la metrópoli;⁷ eran, pues, paralíticas como convenía a un sistema estático que precisamente se hallaba contento con el estado de cosas y que lo menos que quería era cambiar: de hecho desde entonces España no cambia (a excepción de la época de la República) sino que la cambian a fuerza Alemania, Inglaterra, Francia, Estados Unidos. Durante el siglo XIX, una vez separadas de España, las sociedades hispanoamericanas conservaron el carácter colonial que no hizo sino irse trasladando al centro hegemónico en turno; esto se proyectó en las universidades: a la colonial siguió la napoleónica,⁸ a ésta la del liberalismo,⁹ modificada en pequeños detalles por el positivismo. La sociedad no cambiaba, las guerras eran intestinas y frecuentemente importaban más las personas implicadas en cada bando que una diferencia radical de intereses: la universidad también fue anecdótica y cuando se cerró la descendiente de la Real y Pontificia Universidad de México, por inútil, nociva y perniciosa, nadie lamentó sinceramente el hecho ni trascendió tampoco. Los grandes intelectuales del siglo XIX suelen ser autodidactas. La universidad era anacrónica como lo era la sociedad, pero a finales de este siglo y principios del veinte se opera un cambio mundial en el sistema económico y surge rozagante y rubicundo el imperialismo.

El liberalismo fomentó gobiernos dependientes, concentró la tierra en unas pocas manos, creó una infraestructura. Inglaterra y Estados Unidos dieron salida a sus excesos de ahorro invirtiéndolos en América Latina y transformando al efecto la estructura económica y de clases, de manera que, al establecerse compañías extranjeras, crearon Repúblicas del Banano y Países-Compañía, favorecidas por las burguesías terratenientes por medio de ventas, concesiones, transacciones, etcétera.¹⁰ El imperialismo, pues, al invertir directamente en los países hispanoamericanos fomentó la creación de una clase media abundante que se ocupara de los puestos intermedios de la administración y de los servicios, clase que durante el siglo XIX era casi insignificante. El desarrollo de esta industrialización, sumado en algunos países a una enorme inmigración europea y en México a una revolución, determinó el nacimiento y la creciente expansión de la clase media que ya en 1918 tiene una fuerza considerable en las universidades sudamericanas.¹¹ Con la misma violencia de la actividad imperialista la clase media hispanoamericana se desarrolla en las dos primeras décadas del siglo XX. Como no tenía ningún órgano de participación política, ni real representación en el gobierno, y como la universidad se convierte en el umbral más eficaz para el desenvolvimiento de la clase media, es natural que ésta se manifestara por medio de la universidad exigiendo primero reformas universitarias. Si quería progresar y expandirse como clase moderna y de fuerza creciente tenía que poner al día las universidades anacrónicas del siglo XIX: se exige la autonomía, la abolición efectiva de disciplinas obsoletas, atención principal a las ciencias, la eficacia de los maestros. También se da cuenta de sus posibilidades y exige, a menudo usando a obreros y campesinos, mayor ingerencia en la vida política: se insiste repetidamente en una auténtica democracia que es, en efecto, la forma de gobierno que más le favorece. Desde entonces y hasta la fecha, en todos los países hispanoamericanos, a excepción de Cuba, los conflictos universitarios

han sido un enfrentamiento entre la clase media y la burguesía. Y es de observarse que a medida que la burguesía está menos desarrollada en el subdesarrollo, la clase media aparece como más radical y progresista, mientras que cuando la burguesía lleva más desarrollado su subdesarrollo, la clase media insiste solamente en reformas, sin cuestionar la estructura del sistema: en este último caso se exige la derogación de ciertas leyes, el cumplimiento cabal de otras, el cese a la corrupción administrativa, el respeto a las libertades democráticas, el aumento de sueldos y de plazas de empleo, etcétera. Desde luego, una estructura decimonónica (países monoexportadores, sin industrias capaces de absorber un buen número de profesionales y empleados) constituye un freno a la clase media, mientras que un país industrializado o semi-industrializado —aunque sea con dominio completo del imperialismo— ofrece a la clase media una gran burocracia, un número grande de industrias, comercios y servicios que favorecen su expansión. Mientras el sistema sea capaz de sostener a la clase media no existen relaciones demasiado conflictivas entre ésta y la burguesía y ambas se unen contra los movimientos de obreros y campesinos; cuando, en cambio, el sistema empieza a ser incapaz de dar empleos y suficiente capacidad de consumo a la clase media, los conflictos entre ésta y la burguesía son más frecuentes y peligrosos.

Las dos primeras guerras mundiales, sumadas a la gran depresión de 1929, permiten un efímero desarrollo casi independiente de las burguesías latinoamericanas que sustituyen las importaciones y buscan un clima de paz y estabilidad que les permita un mayor rendimiento de sus empresas, por lo que instauran el populismo o nacionalismo burgués que empieza a funcionar a principios de la segunda década del siglo veinte, llega a un pintoresco esplendor entre 1940 y 1950 y al principiar los sesentas ya no existe.¹² Una vez consolidado económica y políticamente, Estados Unidos recupera el terreno casi ganado por las burguesías nacionales, profundiza el subdesarrollo de tal modo que los sistemas dependientes son incapaces de resolver incluso las necesidades de la clase media que ellos mismos han incubado. Durante su desarrollo histórico las burguesías hispanoamericanas han aprendido a manipular a obreros y campesinos; la clase media sin embargo se les escapa o se les escurre y surgen los conflictos de maestros, médicos, empleados, estudiantes, etcétera.

Después de este largo pero necesario recorrido por la historia del subdesarrollo de la sociedad latinoamericana y de sus universidades, tenemos muchos elementos de análisis con los cuales explicarnos por qué la universidad (la UNAM) suele aparecer como tierra de nadie, como revoltijo de intereses y fenómenos como la violencia y el porrismo. Si bien en principio la universidad es una institución establecida y financiada por la clase dominante del país, a través del aparato estatal que concede desdeñosamente (con el mismo mohín que las beatas usan para dar limosna a los mendigos insoportables a la entrada de los templos) raquíuticos subsidios, y la establece y financia con fines precisos que tienden al sostenimiento del sistema nacional que a esa clase dominante favorece, la universidad se ha vuelto hija ingrata. La universidad se presenta a nuestros ojos como una Conasupo al revés donde la burguesía llega con su carrito a escoger a los profesionistas, envueltos en lujoso celofán, que necesita para sus empresas, y se lleva unos cuantos mientras que miles se pudren en la bodega. También es el organismo que supuestamente crea la ideología nacional y la difunde, pero en este trabajo ha sido oficialmente reemplazada por el PRI. Otra de las funciones institucionales de la universidad es la de hacer investigaciones científicas y humanísticas cuyos resultados aprovechará patrióticamente el sistema. Pero hemos visto que en Hispanoamérica a partir más o menos de 1920 y sobre todo en México, la universidad se ha convertido en fortaleza y vía de expresión de la clase media que, ahora, cuando tiene conflictos con la burguesía, se enfrenta a ésta. Por lo tanto la ideología universitaria no es la que prefiere la burguesía, sino la de la clase media. Y no sólo eso: la universidad sirve básicamente para expandir a una clase media que ocupa los puestos intermedios en la industria, las finanzas, el comercio, los servicios y las instituciones gubernamentales; pero la burguesía ya no necesita más profesionales, ha dejado de necesitarlos desde hace tiempo: el desempleo es cada vez mayor y en lugar de personas capacitadas en una profesión, prefiere ejércitos de técnicos apenas adiestrados en una actividad archiespecializada. De hecho, ha intentado varias veces sustituirla por meros centros de capacitación como los que ofrecen las grandes empresas, por instituciones privadas y confesionales que imponen rígidos modos de comportamiento para impedir cualquier toma de conciencia o actividad que no tiendan rigurosamente al beneficio del sistema, por escuelas tecnológicas con pres-

cindencia absoluta de ciencias culturales que permitan ubicarse a los alumnos y desde allí tomar una posición en la vida.

Los estudiantes, sumados a los empleados, comerciantes e industriales muy en pequeño, sirven como escaparate y muelle que impide, de varias maneras, un enfrentamiento vigoroso entre el proletariado y la burguesía; como esperanza y ejemplo, si bien irrealizables de no pequeña eficacia; como sueño a eterno plazo. A cambio de este servicio, la universidad así concebida es también un conducente medio de superación en la escala social y una muestra viva de que el progreso, en este país de educación gratuita, se logra efectivamente a base de esfuerzos individuales, y de que, sobre todo, a cada ciudadano se le da su oportunidad para triunfar en la vida.

Pero el panorama es diferente. El desarrollismo económico que fue bandera de los regímenes posrevolucionarios, principalmente de Alemán y Ruiz Cortines, provocó una explosión demográfica descomunal de la clase media que repercutió de inmediato en toda la educación del país y desde luego en la universidad.¹³ Esta dirección impuesta al presupuesto nacional de crear obras de infraestructura que incrementaran la industrialización se hizo sacrificando las obras de servicio social que antes, sobre todo en la época de Cárdenas, habían obtenido la mayor atención del régimen.¹⁴ Al finalizar el periodo presidencial de Ruiz Cortines, las demandas de obreros y campesinos de esas obras de servicio social, hechas a través de huelgas y actos de violencia, hicieron considerar a la burguesía el peligro de incrementar el descontento del proletariado y se volvió a las obras de servicio social a la vez que el desarrollismo se interrumpía para morir definitivamente por la invasión de capital norteamericano. Se cargó a la clase media de impuestos para financiar el nuevo populismo; es notorio que a partir de López Mateos los movimientos de oposición al régimen más significativos y trascendentes no provengan tanto de obreros y campesinos como de la clase media (la represión a ferrocarrileros en realidad corresponde al periodo ruizcortinista que lo heredó por razones de sucesión de poderes): maestros, médicos, empleados, estudiantes, a lo largo y a lo ancho de toda la República pero fundamentalmente en la capital, donde se concentra la mayor parte de la clase media más poderosa (relativamente más poderosa). De este modo surge una gigantesca clase media a la que el sistema no puede satisfacer: empieza el gran problema del desempleo, los salarios se mantienen casi fijos mientras que los precios suben mucho, se aumentan impuestos (recientemente el de 10 % sobre artículos de lujo).¹⁵ El gigantismo se apodera de la universidad. Las facultades atienden por lo menos el doble o al triple del número máximo de alumnos para el que fueron planeadas, el presupuesto universitario se mantiene irrisorio, el mercado archisaturado obliga a muchos profesionales a trabajar en campos ajenos a su preparación, percibiendo sueldos ínfimos.

En suma: la clase media entra en conflicto con el régimen; cómo no tiene participación en la vida política del país, se manifiesta de una manera amorfa pero desesperada en la institución en la que domina. El gobierno reacciona primero contra ella de una manera violenta, subestimándola. Mientras tanto en la universidad se siente una lucha subterránea entre ambas facciones en pugna. Por fin, una vez pasada la histeria, el sistema se cree poderoso y flexible y considera que la clase media puede ser peligrosa, sobre todo si su condición se agrava y es usada como punta de lanza por obreros y campesinos. Surge entonces la apertura democrática. De cualquier modo, la función real de la universidad es ambigua por el momento y de aspectos frecuentemente encontrados: por una parte es una institución en la que la clase media combate contra el régimen para obtener ciertas reformas y concesiones; por la otra es el lugar donde la burguesía combate contra ella. ¿Cómo aprovechar esta situación? ¿De qué manera puede servir a la clase media y al país? ¿Ofrece alguna perspectiva que ayude a acelerar las fuerzas insurgentes de obreros y campesinos? ¿Existe la posibilidad de una unión verdadera entre la clase media y los obreros y campesinos? Como en las novelas por entregas, esto lo veremos en los siguientes episodios.

3. *El papel de la cultura*¹⁶

Una de las modas intelectuales más simpáticas, enclenques y estúpidas es la que se refiere al anti-intelectualismo que priva precisamente entre casi-intelectuales y que adopta las más fantásticas y diversas razones. Otra es la que, más tradicionalista que la propia tradición, cree en una cultura en estado químicamente puro, eterna, inmutable, universal. Más perniciosa la primera, apoyada como toda tesis de hojarasca en la autoridad (?) de

una larga letanía de autores extranjeros de cuyos nombres no quiero acordarme, supone que la cultura o ya está hecha y terminada, o es inútil o que es sencillamente inexistente. Cuando la *pragma* y la *tecné* estuvieron de moda como consecuencia de un positivismo subdesarrollado, mal estudiado y peor entendido, Ezequiel Martínez Estrada tuvo que responder, exagerando la nota por razones de estrategia:

Siento repugnancia cada vez mayor por los que me advierten que sin pan no vive el hombre. Les respondo otra vez, y lo responderé con dos dedos cuando esté en el fondo del pozo, que el hombre necesita más del aire que del pan, más de la luz que de la carne; pues es un animal luminoso y aéreo y no terrestre, y el aire es su *nous*, el soplo, el espíritu.¹⁷

En realidad no es necesario resolver el ingenioso juego de espejos enfrentados que constituye el cuento de quién fue primero, si el huevo o la gallina: con responder que ahora y aquí sin uno no existe el otro es más que suficiente. Y entendida como concepción del mundo, como estructura total que permite al hombre vivir y hacer cosas, la cultura no tiene que justificarse: es sencillamente irrenunciable. No existe hombre sin cultura, tampoco hay gente culta o inculta. Hay diversas culturas determinadas (no mecánicamente) por el lugar, la época y la estructura económica y de clases. No existe, ni ha existido nunca, una cultura exquisita y aérea, incorruptible e incontaminable. De la misma manera que toda cultura es irrenunciable, también lo es precisa y temporal como respuesta a determinada circunstancia socioeconómica e histórica.

Tampoco se puede hablar de una cultura nacional ni de una cultura para el pueblo. En una sociedad de clases la cultura tiene que ser necesariamente de clases. En Hispanoamérica se puede determinar la cultura —concepción del mundo que permite al hombre vivir y hacer cosas— según sus clases, incluso se pueden establecer ciertas constantes: la burguesía siempre tiene una cultura importada del imperialismo en turno, cultura que incluso la hace sentirse patriota y humanitaria, amén de progresista; la clase media oscila según esté más cercana a la burguesía o a las clases populares en la lucha por sus intereses: así en la época cardenista era nacionalista y populizante, en la alemanista y ruiz-cortinista se nutría de la cultura norteamericana, y en la actualidad ha dado un vuelco a la posición de la primera etapa mencionada. Las clases populares tienen de hecho una cultura que no es otra cosa que una verdadera sopa de pobres, donde se mezcla lo anecdótico de todas las culturas construyendo una masa confusa y mítica que les impide por el momento una inteligente visión de la realidad; cuando se inician movimientos revolucionarios ese revoltijo empieza a sucumbir ante concepciones más claras surgidas precisamente de esos movimientos. José Emilio Pacheco¹⁸ ha observado muy atinadamente cómo una cultura más o menos extranjerizante, de minorías, exquisita, es desechada por la clase que la creó y pasan sus sobras a ser alimento del pueblo: el caso específico del modernismo que en su mejor época fue de minoría, al morir (gracias a una saludable intervención quirúrgica del doctor González Martínez) pasó con Agustín Lara a ser alimento popular, tan popular como la leche en polvo de la Alianza para el Progreso o como los desayunos escolares. La cultura para el pueblo será el pueblo mismo quien la haga cuando se apodere de los medios de producción y establezca un sistema que la genere. Lo demás es demagogia y oportunismo.

Pero de aquí no se puede concluir mecánicamente que toda cultura, digamos pequeño-burguesa, es despreciable, reaccionaria, puerca e inmoral. En primer lugar salirse del tiempo presente para vivir en futuros de especulación es táctica de avestruz y una tontería. Hemos visto que la cultura no se suprime por decreto, pero sí puede retardarse, o estancarse, o revertirse. Por otra parte la cultura no se produce automáticamente. Es un error comprobado por la historia pensar que una estructura revolucionaria produce una cultura revolucionaria, o por lo menos que responda auténticamente a esa realidad. Nadie puede negar, por ejemplo, que la cultura de la época de los zares, pequeño-burguesa y todo, es mucho más valiosa y trascendente que la que ha programado construir el socialismo (?) ruso. Si bien es determinada en sus características más significativas por la estructura económica y de clases, la cultura responde igualmente a un proceso de desarrollo más o menos autónomo que en última instancia es quien determina muchos de los valores que pueden hacerla vigente y provechosa.

Por otra parte, Hispanoamérica —como hemos visto— fue edificada a imagen y semejanza de Occidente; éste es de cualquier manera nuestro mundo y a su civilización perte-

necemos. Buscar el indigenismo, el exotismo orientalista o actitudes intelectualizadamente anti-intelectuales es salirse por puertas fáciles que no conducen a ninguna parte. Llegamos siempre tarde, como diría Alfonso Reyes, al banquete occidental de la cultura; integrados a una civilización siempre vamos pasando de ismo en ismo como toalla de lavabo público; juzgamos moderno y original un sistema que hace tiempo fue declarado obsoleto en su lugar de origen, y de hecho siempre hemos carecido de un subdesarrollo propio —integrado a Occidente, por supuesto— que nos permita inventar nuestra propia cultura sin parroquialismos y aceptar las otras por asimiliación, no por esa indigestión torpe que ha sido nuestro método. Renunciar al momento histórico que vivimos, pequeñoburgués y todo, es aceptar el hiberón que siempre se nos ha dado y, además, dejar en blanco una etapa que dialécticamente necesitará cualquier revolución para crear una cultura popular. Creo que no sólo es justo, sino imprescindible, crear una cultura (aun dentro del neocolonialismo) y llevarla a sus últimas consecuencias, a las más atrevidas y lúcidas, en todos los campos a los que se tiene acceso. Es de sobra conocido que una lucha eficaz debe librarse a todos los niveles, y el ideológico no es el más desdeñable. Desde luego que mientras no se transforme el sistema neocolonial que hemos desarrollado, no habrá nada que pueda llamarse en rigor revolucionario. Pero sí hoy puede conseguirse un sistema de relaciones culturales, muy necesario aquí, y desde luego dialécticamente imprescindible para una cultura revolucionaria futura.

Otro egregio simplismo es afirmar que en una sociedad integralmente neocolonizada se produce una cultura también integralmente neocolonizada. En primer lugar tenemos un idioma que *ya* es propio, una tradición hispánica valiosísima que *ya* es nuestra, veneros prehispánicos que *pueden* ser nuestros, y una constante tradición hispanoamericana que hemos hecho nosotros mismos. En el caso de la literatura, por ejemplo, que es el campo cultural que ha tenido un desarrollo más soberbio (sólo comparable al que en los últimos veinte años ha tenido la sociología), podemos observar una larga etapa de apropiación de la cultura occidental que arranca inmediatamente después de la conquista y que termina a principios del siglo veinte gracias al modernismo. Si exceptuamos la poesía gauchesca, todas las demás obras literarias producidas antes del presente siglo muestran un afán de calca de lo extranjero y sólo se salvan las que en lugar de reiterar o copiar la cultura del imperialismo en turno, se ciñen a la tradición española: José Joaquín Fernández de Lizardi, por ejemplo. En el modernismo incluso se puede hablar de colonialismo integral, exceptuando a los poetas mayores como Darío, Lugones, Martí, López Velarde y González Martínez. Pero desde entonces y aún recayendo en seducciones intrascendentes hacia las modas en turno, se efectúa una corriente verdaderamente grandiosa de escritores que ya son hispanoamericanos, arraigados en nuestro lenguaje, en nuestros países, y que más que repetir movimientos europeos o norteamericanos integran los hallazgos más lúcidos de éstos a un poderoso movimiento hispánico: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Jorge Luis Borges, Vallejo, Neruda, Paz, Carpentier, Rulfo, Arreola, Carlos Fuentes, García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, etcétera, etcétera. Gracias a esta lucha, de la que algunos de los campeones son los que menciono, Hispanoamérica *existe* con personalidad propia, por lo menos literariamente.

Los intereses de la clase media, hemos visto, exigen una democratización en la vida del país: sus metas son reformistas, no revolucionarias; pero pueden aprovecharse en el campo cultural, y esto la universidad puede hacerlo.

En honor de la verdad, debe decirse que la universidad desde hace muchos años ha venido desempeñando una campaña cultural admirable por medio de sus publicaciones, emisiones radiofónicas, instituciones de divulgación de cultura, etcétera. Pero también debe señalarse que esa campaña ha sido frecuentemente poco eficaz porque no aprovecha todo el sector de la pequeñoburguesía capaz de asimilarlo. Incluso no se han establecido políticas convenientes dentro de la universidad para que los universitarios participen en la creación de esta nueva cultura de clase media. Sin embargo, por primera vez en nuestra historia *mexicana*, o hispánica más bien, no creo que sea pedirle peras al olmo proponer metas pequeñoburguesas a la clase media, aun cuando esta surja de un sistema integralmente neocolonizado, pues en el campo de la cultura actúan factores favorables como idioma, tradición, etcétera.

Me parece absurdo llevar el anti-reformismo a extremos como negar la cultura; las ciencias y las artes son irrenunciables. Si no se produce una cultura propia se volverá a importar. Y en el futuro habrá que partir de cero para tal vez no salir de allí.

4. La responsabilidad del estudiante

El hecho de que en sus luchas de detalle, reformistas, la clase media se vista de revolucionaria y tome banderas de obreros y campesinos, no nos lleva a definirla como aliada o identificada con las clases trabajadoras. El movimiento estudiantil de 1968, visto en su conjunto, no fue revolucionario. Si se pretende analizar las relaciones entre universidad y sociedad, y las posibilidades de los universitarios como sujetos activos en la vida nacional, es ilegítimo asumir un optimismo injustificado y decir que la mayoría del estudiantado es revolucionario. De hecho sólo lo es una pequeña minoría, en la que a veces la intransigencia y el radicalismo son desfogues de problemas muy personales que conducen frecuentemente a una exaltación del superego a la que se rinde culto en las batallas de mesas de café. En realidad la revolución la harán los trabajadores, y es difícil que la clase media, cuyos intereses no son los de aquéllos, los ayude directa y conscientemente en el plano universitario o en cualquier otro. Más aún si se tiene en cuenta que su táctica de lucha es valerse de ellos.

El estudiante puede utilizar el enfrentamiento entre su clase y la clase dominante, que ha originado políticas reformistas, para mejorar su condición de clase en lo económico, en lo político y en lo cultural. Estas reformas desde luego harán más flexible al sistema en lo que equivale a hacerlo aún más resistente en su subdesarrollo, pero como no se piense que la táctica revolucionaria es hacer lo más burdas posible las relaciones sociales de producción y su proyección en el campo político, cosa además utópica para lo que se refiera a la clase media, no veo qué otra cosa podría hacerse. En cambio, exigiendo demandas pequeñoburguesas que serán satisfechas, se pueden lograr ciertas reformillas que a la postre podrán ser beneficiosas. Por ejemplo, y sólo para tratar las que competen al plano universitario: planeación de las profesiones que necesita el país, su proporción, y además evitar las que resultan obsoletas o que no tienen suficiente capacidad de empleo; oposición decidida a toda política tendiente a convertir al profesional en un técnico apenas adiestrado, sin ninguna posibilidad de formarse una concepción del mundo de acuerdo con su conciencia de clase; participación real de los alumnos en los organismos que determinen planes de estudio, dirijan las facultades y se ocupen de problemas que interesan directamente al estudiantado (dicha participación deberá ser del 50 % de miembros que integren los organismos, y la base estudiantil será quien los nombre o destituya; defensa de la autonomía aun cuando ésta sea más bien formal; exigir la seguridad de empleo al terminar los estudios, etcétera.

Estoy consciente de que mis proposiciones son nada revolucionarias, pero en lugar de dejarme mover por los infundados optimismos en boga, he querido trazar objetivos limitadísimos, pequeñoburgueses, etcétera, que impidan que el movimiento estudiantil se olvide al salir de la universidad y se convierta en anécdota que dentro de cuarenta años se cuente como algo pintoresco en las charlas de sobremesa, para entretenimiento de los nietos.

Quiero señalar, por último, que la clase media es incapaz de redimirse. Incluso dudo que el sistema sea capaz de solucionar sus problemas y que las relaciones entre clase media y burguesía dejen de ser conflictivas. Creo, en cambio, que los trabajadores vendrán a arreglar nuestro desorden con una revolución auténtica y que todo lo que se pueda hacer ahora —además de responder a la irrenunciable necesidad de vivir el presente— será visto como mero antecedente. Por lo pronto la dignidad nacional queda en manos de algunos hombres que en lo cultural o en la actividad política sacrifican los relativos goces de la tranquilidad y abundancia subdesarrolladas por anticipar de algún modo ese futuro, por compañeros encarcelados o muertos (presentes, pasados y futuros); y por una juventud que aunque sea por razones de tiempo (el tiempo de la juventud es subversivo) saca a la luz las lacras secretas. Y reitero mi confianza en que la universidad sepa aprovechar la actual coyuntura política para impedir la tecnofagia o tecnolatrismo y para crear una cultura presente que nos enriquezca con su calidad de símbolo: que sea recuerdo de nuestro porvenir.

¹ André Gunder Frank: *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, México, Ed. Era, 1971, pp. 23-24. Serie popular Era, 12. Cursivas de GF.

² *Ibidem*, p. 13. Cursivas mías.

³ Cfr. Miguel León-Portilla. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 2a. ed., México, FCE, 1968, pp. 46-49. Col. Popular, 88.

⁴ Vid. Edmundo O'Gorman. *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México, FCE, 1958. Sección de obras de historia.

⁵ André Gunder Frank, *op. cit.*, p. 24.

⁶ Vid. Frantz Fanon. *Los condenados de la tierra*, prefacio de Jean-Paul Sartre, 2a. ed., México, FCE, 1965. Título original: *Les damnés de la terre*, Tr. de Julieta Campos, Col. Popular, 47.

⁷ Cfr. Héctor Silva Michelena y Heinz Rudolf Sonntag. *Universidad, dependencia y revolución*, México, Ed. Siglo XXI, 1970, pp. 13-17, Col. Mínima, 33.

⁸ *Ibidem*, pp. 17-23.

⁹ *Idem*.

¹⁰ A. Gunder Frank, *op. cit.*, pp. 72-82.

¹¹ Héctor Silva Michelena y Heinz Rudolf Sonntag. *Op. cit.*, pp. 24-32.

¹² A. Gunder Frank, *op. cit.*, pp. 83-99.

¹³ Cfr. Francisco López Cámara. *El desafío de la clase media*, México, Joaquín Mortiz, 1971, pp. 47-54, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 13.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ Cfr. Ezequiel Martínez Estrada. *Análisis funcional de la cultura*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, Serie del encuentro.

Karel Kosík. *Dialéctica de lo concreto, estudio sobre los problemas del hombre y del mundo*, pról. de Adolfo Sánchez Vázquez, México, Ed. Grijalbo, 1967, traducido de la versión italiana (el original es checo) por ASV.

¹⁷ Ezequiel Martínez Estrada. *Antología*, México, FCE, 1964, p. 107, Col. Popular, 107.

¹⁸ José Emilio Pacheco. *Antología del modernismo, selec., introd. y notas de. . .*, México, UNAM, 1970, t. I, pp. XI-LI, Biblioteca del Estudiante Universitario, 90-91.

